

trazado en los días coloniales y en los primeros años de vida independiente en Costa Rica. La incombustible posesión de una sola mujer se lo da. Un caso de amancebamiento hace intervenir a las autoridades: uno de falta de respeto a éstas pasa a la Historia por su insólita extrañeza y conmueve al vecindario: un homicidio forma época. En cambio, todo lo que constituye el progreso moderno falta en la precaria colonia española, pobre e ignorante. En ciertos lugares es difícil elegir autoridades de entre los vecinos, porque pocos de éstos saben leer. «Se puede aseverar, dice un informe oficial de los primeros años del siglo XIX, que ninguna provincia está más indigente en la monarquía, pues aquí se ven gentes vestidas con corteza de árboles, otras que su cama consiste en un cuero y otras que para ir algunas veces a Iglesia, alquilan o piden prestada la ropa que han de vestir». Ni agricultura ni comercio ni estímulo para el trabajo ni escuelas, poseían entonces los costarricenses. Desconocían hasta el elemental arado y con hacha, machete y pala, labraban los campos, limitándose a cosechar los frutos de la tierra necesarios para sus familias. Así alboreó para ellos el siglo de las luces. Su progreso durante él iba a ser rápido. Los comienzos del siglo XX los han de encontrar ricos y sabiamente organizados. ¡Pero ah, cuántas de las virtudes pristinas, qué girón tan grande de la pureza de costumbres, quedarán en el camino! Repetimos para Costa Rica de a principios del siglo XIX lo que un día dijimos refiriéndonos a Honduras: que dan ganas de detener al progreso y pedirle garantías de buenas costumbres antes de dejarlo entrar a ella.

La misma queja exhala el escritor de costumbres. Conforme los tiempos pasan y la pequeña república se enriquece, se instruye y progresa, las costumbres se relajan. Algunas de las quejas de hombres de aquel entonces, que deploraban la relajación de costumbres, tienen especial encanto, por su ingenuidad. He aquí una que habla mejor que nada de la blancura sin mancha de los usos ticos: «Es innegable que en el día, para celebrar cualquier contrato, ya sea de palabra o por escrito, es necesario testigos; y repetir con tanta minuciosidad las condiciones, que se fastidian los que quieren asegurarse, por el aumento de las palabras, que no serían necesarias, como no lo es cuando se trata de hombres de bien». El mejor canto de nuestros abuelos de los primeros años de vida independiente no tendría la virtud de esta brava protesta.

Por eso, porque no es una reconstrucción formal sino algo palpitante y cálido como un organismo vivo, algo suavemente perfumado como un recuerdo familiar, algo que tiene carne y huesos y sangre, y modalidades muy criollas, todo impregnado del ambiente de sencillez incontaminada y de religiosidad de aquellos tiempos patriarcales, nos hemos aproximado con cariño a la obra de este gran costumbrista centroamericano.

Si eso son en su esencia los cuadros de costumbres de Jiménez, formalmente sus

narraciones tienen un estilo fluido y puro. Dieron base estable a sus trabajos de reconstrucción de los tiempos pretéritos un léxico castizo, una sintaxis sin tacha y un amplio conocimiento del idioma, que hacen su prosa ritmada y fácil. Por fortuna, podemos añadir que no es un preciosista. Rubén Darío nos decía que nada tan lejos de la belleza como el demasiado atildamiento, que linda con el amaneramiento. Y este credo del gran poeta es el nuestro, y, de hecho, el de Jiménez. ¿Por qué huir con tanto horror de un consonante, de un asonante o de una repetición de palabra, que muchas veces es insustituible, porque en castellano no hay en propiedad sinónimos? La vida no procede así; la vida se repite, y sin embargo es bella. Vale más repetir un verbo, una palabra cualquiera, que repetir un procedimiento de crear, el mismo procedimiento siempre, mecánico del todo, de las fáciles sustituciones de vocablos o de las mutilaciones, que hizo a Valencia dogmatizar así: «La belleza se hace por restas; no por sumas». No: sean el espíritu y el talento claros que ya la forma lo será. Claudique, dolorosamente, la inteligencia y en vano empleará todos los recursos del oficio de escritor.

Lo que podemos llamar el procedimiento íntimo para crear, el estilo, en fin, se lo proporcionó a nuestro autor, sin duda, su cariño por el pasado de Costa Rica. Sólo un buen patriota pudo hacer la obra de Jiménez. No es el escritor de oficio que se propone desarrollar un tema por cualquier estímulo remunerador en oro o en fama. Es el hombre encariñado por un medio pretérito que da relieves de grandeza al nacimiento de un pueblo querido. Sólo esto lo pudo hacer apto para la evocación serena y sobria, y tan cálidamente fiel. No queremos hacer una fácil antítesis al agregar que en toda su obra priva una piadosa ironía: la ironía con que juzgamos y gozamos ante los actos del niño. Todo gran espíritu ha poseído este amoroso y doloroso reír ante la vida. Los escritores que además de grandes escritores son grandes corazones, todos lo tienen. Lo tiene Cervantes, Verne, Daudet, Amicis... Y acaso no hemos querido comprender que su obra nos es amable y amada precisamente por esa dádiva de bondad, que al juzgarla como críticos llamamos habilidad de procedimiento, claridad de ingenio, cuando no es sino el perfume de un alma buena. Y estos trabajos humanos son los más queridos, los más populares y los más aplaudidos. Hay grandes temperamentos literarios, ingénitamente literarios, que no poseen este suave medio de acción sobre las almas: los admiramos, pero no podemos amarlos; y quizá ni aún podemos admirarlos plenamente, porque la admiración es una forma del amor. Siempre hemos creído que la primer clave del éxito único del Quijote está en la admirable bondad del generoso caballero castellano Cervantes. Bondad es sabiduría. Ser santo es ser sabio. Jiménez, con sencillez ejerce una influencia bienhechora. Ante ese nacimiento de nación se inclina

con fervor como pudiera hacerlo ante el nacimiento de un niño. Tiene detalles delicados para el balbucear de la vida política de Costa Rica. La prudencia de nuestros ascendientes ante toda innovación, que siempre puede envolver un peligro, lo hace sonreír. Cuando llegan las noticias de la cautividad u otras peripecias de la existencias del monarca español, o las aún más graves de la declaración de independencia de los Estados vecinos, o en los hermanos de América Central; cuando el imperio mexicano, como todo imperio, aún naciente, ya forma planes de absorción y codicia el suelo patrio; los antecesores coloniales del escritor «se agazapan», según su propia expresión, y ven venir las cosas, preparándose a arrojar sus ciudades y pueblos en el platillo que pese más. Y Jiménez sonríe ante esto. En realidad, ya desde entonces el pueblo tico era un pueblo pacífico y amante del trabajo, como había de definirse después en la vida independiente, contrastando con la inquieta y guerrera actuación de los pueblos hermanos. En las pequeñas colisiones de aquellos felices tiempos, entre ciudad y ciudad o entre incipientes partidos, contadas de manera verdaderamente sabrosa por el autor, no llega nunca la sangre al río. Hay, si mal no nos acordamos, un caballo muerto y dos o tres flamantes guerreros heridos. Jiménez ríe con risa sana y grata ante la evocación de sus pacíficos abuelos, trabajadores, honrados e infantiles. Y el lector ama con él ese cemento de diáfana probidad castellana sobre el que después habrá de edificarse la pura democracia del pueblo costarricense, llamado con razón la Suiza de América.

Repetimos que el escritor centroamericano no tiene la fama de Palma; que acaso es menos conocido que Milla o Kastos; pero que no les es inferior ni por la forma ni por el fondo, ni por algo, que es sólo tributo de la vida, que supo llevar a sus narraciones. Como, por otra parte, los cuadros de costumbres llenan un vacío tan grande en la literatura patria, estos factores de necesidad y de oportunidad harán que su figura de escritor se destaque en primera línea en la historia del arte en Centro América.

R. ARÉVALO MARTÍNEZ

(Centro América, Guatemala).

